

ducia al más extravagante absurdo, aun suponiendo que sólo se la estendiese al mundo material, al mundo físico, inorgánico ú orgánico. Y está en nuestro derecho añadir que estender esta teoría á los séres inteligentes y libres, que querer comprender en las famosas ecuaciones diferenciales de la dinámica general los actos de los séres dotados de la voluntad sería el colmo del desatino... ¿Cómo, en efecto, poner en ecuacion la pisada bajo la cual hago desaparecer de la fauna universal muchos centenares de hormigas, ó millones de séres microscópicos?

Hay, sin embargo, géometras cristianos, citaré de ellos dos muy célebres, M. de Saint-Venant, de la Academia de ciencias, y M. Boussinesq, profesor de matemáticas en la universidad de Lilla, á quienes el determinismo, comprendido entre ciertos límites, no repugna, y que hacen, suficientemente aun, armonizar las leyes de la mecánica con la libertad del hombre, en su accion sobre la materia. Púedese ver en los *Mundos*, cuaderno del 22 de marzo de 1877: 1.º como ninguna de las tres leyes generales de la mecánica: la conservacion de la cantidad de movimiento, la conservacion de las áreas, la conservacion de la energia, tanto potencial como actual ó cinética, no se encuentra violada por un acto humano supuesto libre; 2.º como tambien, por la consideracion de las soluciones singulares de las ecuaciones diferenciales, soluciones que se añaden á las soluciones particulares que dan los integrales generales, las leyes fundamentales del movimiento armonizan aun con las leyes particulares de intensidad que parecen ligar las aceleraciones de las moléculas con sus posiciones relativas de cada instante; 3.º como, en una palabra, por la introduccion de un principio director, pudiendo arbitrariamente, y por su propia eleccion, prolongar las paradas de movimiento, se determina su continuacion sin trabajo físico; lo que basta para realizar la armonia de las leyes físicas con la libertad de las acciones de los espíritus. Pero es condescender demasiado á las exigencias de una ciencia imposible.

*Capítulo trigésimo tercio.—Los Espíritus.*—Un misterio todavía ó un enigma son los espíritus buenos y malos, los ángeles y los demonios; su existencia, su accion física, moral; sus relaciones con el hombre, etc. Todo hombre sensato que ve en el mundo otra cosa que la materia, ¿podría poner en duda la existencia de los espíritus puros? Son posibles. Los concebimos. Nuestra misma alma es un espíritu. ¿Por qué pues, no existirán? Si existen, han sido necesariamente creados libres, porque la libertad es de la esencia de los espíritus, como la inercia es de la esencia de la materia. Si han sido creados libres y colocados en un estado de transicion ó de prueba, los unos han podido hacer buen uso de su libertad, y ser de este modo confirmados en el bien, estos son los ángeles buenos, los ángeles; los otros han podido abusar de su libertad y ser confirmados en el mal, estos son los ángeles malos ó demonios.

En el Antiguo y Nuevo Testamento trátase por todas partes de ángeles ó demonios; Jesucristo ha estado sin cesar en contacto con los unos y los otros. Nos ha repetido varias veces las virtudes y los beneficios de los ángeles; él mismo se ha dignado contarnos la caída y el castigo de los demonios; nos pone á menudo en guardia contra su malicia.

La tradicion humana toda entera, así como la tradicion revelada y divina, afirma la existencia de los espíritus buenos y malos.

Esta existencia, en fin, es un dogma de la Iglesia católica, apostólica, romana. Tiénese que creer con una fe firme, dice el cuarto concilio de Letran, que en el principio de los tiempos, Dios sacó de la nada una y otra criatura, espiritual y corporal, angélica y mundana.

*Los ángeles buenos.*—Ved, pues, en resumen lo que la Revelacion nos enseña de estos, y lo que es completamente racional creer. Estas nobles inteligencias rodeaban la majestad de Dios cuando señalaba á la Tierra su lugar en

la inmensidad, y cuando derramaba á mares la vida en su seno. Forman innumerables falanges, agrupadas en nueve órdenes ó jerarquías: Serafines, Querubines, Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades, Virtudes, Arcángeles y Ángeles. Con la inmaterialidad, inmortalidad ó incorruptibilidad, los ángeles han recibido una misión de poder y protección sobre el mundo. Las naturalezas corporales ó inferiores les son sumisas en límites fijados por Dios. Presiden los movimientos de los cielos, dirigen el curso de los astros, mandan á los vientos y á las tempestades, son al frente del gobierno de los imperios. Daniel habla de los ángeles que presiden á los destinos de los Persas, de los Griegos y de los Hebreos. Las Iglesias tienen también su ángel protector, y cada uno de vosotros, en fin, tiene su ángel tutelar ó guardián.

La santa Escritura nos muestra á los ángeles de Dios capaces de una energía, de una fuerza física considerable. Un ángel lucha contra Jacob hasta la mañana no pudiendo vencerle; toca y hace marchitar el nervio de su muslo, lo cual vuelve cojo á Jacob, hecho memorable cuyo recuerdo han conservado siempre los Hebreos. Un ángel atraviesa de noche todo el Egipto, y hiera á todos los primogénitos del hombre y de los animales. El ángel del Señor ataca por la noche el campamento de Sennacherib y mata ochenta y cinco mil hombres. Un ángel toma á Habacuc por la extremidad de la cabeza, lo levanta por los cabellos con la rapidez del espíritu y lo coloca á la entrada de la cueva de los leones. Heliodoro es derribado y azotado por los ángeles. ¿Por qué no sería todo esto posible y real? Dios, puro espíritu, en su eterna inmovilidad, y precisamente porque es inmóvil, es único autor de la multitud de movimientos inmensos que se verifican en los espacios celestes. Sabios ilustres, Ampère y otros, no temen afirmar que solos los espíritus infunden fuerza viva en el mundo. *Mens agitât molem*, decia el poeta: el espíritu pone en movimiento las masas pesadas. Nuestra alma hace ciertamente mover á nuestro cuerpo. Esta

facultad motriz de los espíritus es una cualidad misteriosa, pero real, pues que el mundo está todo entero en movimiento, y la materia es esencialmente inerte.

*Los demonios.*—Jesucristo, haciendo alusión á la caída de los ángeles dijo: «He visto á Satanás cayendo del cielo como el rayo, y precipitado en el infierno preparado para él y sus ángeles.» La tradición de la caída de los ángeles está conservada en el recuerdo de la humanidad, y ha dejado huellas en todas las teogonias.

Los ángeles malos han guardado despues de su caída sus cualidades naturales y su poder sobre el mundo material, pero sólo se sirven de esto para el mal. Se han hecho soberbios, mentirosos, envidiosos, ardientes en darse cómplices, en crearse compañeros de su desgracia y tormentos. El poder de Satanás aumentó grandemente por el pecado original, el cual, segun la expresión enérgica de Jesucristo, nos hizo hijos suyos; haciéndole nuestro amo, príncipe y rector del mundo, señor del aire y de las tinieblas, leon rugiente, dando vueltas sin cesar y buscando por todas partes nuevas víctimas. ¿Quién no se sorprenderá y espantará de verle ejercer su despotismo desastroso sobre el mismo Jesucristo, apoderarse de su cuerpo inocente y virginal, transportarle sucesivamente sobre el techo del templo ó á la cumbre de una montaña, y solicitarle al mal?

El hombre debería ser muy dichoso en poder descargarse, sobre la presión estraña y tiránica del demonio, de la responsabilidad de los excesos á los cuales se abandona algunas veces. Hay crímenes tan horribles, que sólo se pueden explicar, admitiendo con el apóstol que el pecador se ha convertido de tal modo en esclavo del demonio, que hace todos sus deseos.

El primer grado de la esclavitud del demonio es la tentación ó la simple sollicitación al mal.

El segundo es la obsesión cuando sin estar apoderado del cuerpo de su víctima, ejerce sobre ella una acción sensible y dolorosa. De este modo agitaba tal vez el espí-

ritu maligno á Saul, y no se retiró hasta que David lo hubo en alguna suerte conjurado, tocando el arpa y tomando á Saul por la mano. Sara, hija de Raguel, estaba atormentada por el demonio Asmodeo, que mató á sus siete primeros maridos, y que el ángel Rafael puso en fuga.

El tercer grado, en fin, de la esclavitud del demonio es la posesion, cuando se ha verdaderamente apoderado del cuerpo y alma de un infortunado, para hacer de ellos como instrumentos, por los cuales obra, produciendo por su medio efectos más ó menos extraordinarios: por ejemplo, arrojarlo por tierra, transportarlo á distancia, tenerle suspendido en el aire, haciéndole caminar por el techo, contrariando las leyes de la gravedad; haciéndole hablar una lengua que jamás ha aprendido, revelándole hechos ignorados ó secretos, etc., etc. El poseído se llama tambien demoníaco. El Evangelio cita un gran número de ellos, y Jesucristo daba como una señal de su mision divina el que arrojaba á los demonios. Dió á sus discípulos, que lo han trasmitido á sus sucesores, este mismo poder de arrojar á los demonios. Recordemos algunas posesiones del Evangelio: 1.º (MATH., viii, 25). Dos demonios salen furiosos de los sepulcros, se irritan al ver venir al Hijo de Dios á atormentarles, pidiendo, si quiere arrojarlos, que les deje apoderarse de un numeroso rebaño de cerdos; lo invaden en efecto y se precipitan con él en la mar. 2.º (MATH., xvii). Un hombre, desde su infancia, estaba sujeto á los más crueles accidentes: sordo y mudo, era derribado por tierra, cayendo en el agua y en el fuego, rechinándole los dientes, etc., etc. Jesucristo ordena que salga el espíritu que le poseia. Al instante el demonio sale lanzando grandes gritos, no sin haber maltratado al niño y haberle dejado por muerto. 3.º (MARC., i, 24). En la sinagoga de Cafarnaum, un hombre llama á Jesucristo, le proclama santo de los santos y le echa en cara que ha venido para perderle. Jesucristo le ordena que se calle y salga. El espíritu impuro arroja á su víctima en medio de la asamblea, hace oír un gran grito y sale. ¿Quién podria ver en estas pose-

siones y en muchas otras que pudiéramos citar simples casos de historia, de epilepsia, de locura, enfermos ó maniáticos y no endemoniados? Casi por todas partes, en el Evangelio, los poseidos de los demonios son señalados aparte de los enfermos, y en términos que caracterizan claramente á los espíritus. (MARC., xiii, 39.) «Llegada la tarde y habiéndose puesto el sol, lleváronle todos los enfermos y los endemoniados.» Y (34): «Curó á muchos enfermos afligidos por diversas enfermedades, y arrojó á muchos demonios, sin permitirles dijese que le conocian.» Son espíritus, evidentemente, y no enfermos los que podian conocer á Jesucristo. La interpretacion de la exégesis y de la crítica moderna es absolutamente gratuita y ridicula.

El haber los demonios tomado posesion del mundo antiguo, del mundo idólatra, es uno de los hechos mejor probados de la historia. El demonio jugaba un papel considerable en el gobierno de Roma. Las manifestaciones del poder infernal, divinizadas por sus adoradores, producian efectos sobrenaturales que nadie dudaba. «Vuestros magos, decia Tertuliano, evocan fantasmas, interpelan las almas de los muertos en apariciones sacrílegas, hacen salir oráculos de los labios de un niño, operan maravillas en torno de un círculo de apariencias, sumen en el sueño á sus víctimas cuando quieren: ved lo que pueden hacer por intervencion de los demonios, y de este modo se les vé ejercer el arte divinadorio al rededor de sus mesas. Que se presente uno de estos desgraciados que creéis atormentados por una divinidad, uno de estos que se encuentran súbitamente investidos por un poder oculto, á los piés de los altares... que se agitan sin parar y que predicen el porvenir en medio de terribles convulsiones. ¿Esta Juno, Esculapio, ó cualesquier otro de vuestros dioses creéis que manifiesta su voluntad por este intermediario? Pues bien, si el cristiano que los interpelará no les obliga á confesar ante todos que son demonios, tomad al cristiano y entregadle á vuestros verdugos.» Todos los Padres de la Iglesia, desde Tertuliano hasta san Bernardo, han tenido el mis-

mo lenguaje, y jamás ni Porfirio, ni Celso, ni Juliano el Apóstata ha imaginado negar la realidad de sus fenómenos. Los apóstoles y los misioneros han encontrado, por todas partes bajo sus pisadas, sobre todo en los países idólatras, posesiones de que abunda la historia de los santos.

La Iglesia católica infinitamente sabia, que posee en un grado divino la sencillez de la paloma unida á la prudencia de la serpiente, cree firmemente en la posibilidad de las relaciones íntimas, voluntarias ó involuntarias, establecidas entre los demonios y el hombre; pero ella no quiere que se admita por esto la realidad sin discernimiento y sin pruebas ciertas. Cree en la posibilidad de un pacto, formal ó tácito, con el demonio; cree en la conjuración ó evocación explícita ó implícita del demonio con el objeto de producir efectos admitidos por el mundo entero, y que son universalmente designados bajo los nombres siguientes: *adivinación* ó predicción del porvenir; *encantamiento* ó encanto ejercido por palabras, figuras ú operaciones misteriosas; *evocación* ó *nigromancia*, llamamiento ó interrogatorio de los muertos; *fascinación* que impide ver las cosas como son; *maleficios*, *suerles*, *prácticas supersticiosas*, etc., empleadas con el objeto de perjudicar al prójimo en su persona ó en sus bienes... *mágia*, *hechicería*, producción de efectos sobre las fuerzas de la naturaleza, etc., etc.

Pues bien, ha acontecido cosa extraña! que en el momento que la crítica moderna, la explicación racionalista y el libre pensamiento negaban enérgicamente la existencia del demonio, la obsesión, la posesión, todas las influencias satánicas, hemos visto de repente el mundo estremecido asistir á una de las más extrañas manifestaciones de los poderes infernales, el *magnetismo*, adormeciendo sus víctimas y transformándolas en adivinos, profetas ó médicos improvisados; *las mesas giratorias* y *golpeantes*, escribiendo revelaciones del mundo invisible; el *espiritismo*, pretendiendo tener á su disposición todos los grandes espíritus de los tiempos antiguos ó modernos, y hacién-

doles hablar por el intermediario de mediums encantadores.

He leído todo lo que se ha escrito sobre la demonología, he asistido á numerosas experiencias, no de espiritismo, me parecen demasiado ridículas por demasiado absurdas, sino de magnetismo y mesas giratorias. Miembro de una comisión encargada de dar un premio de diez mil francos á quien leyese una carta cerrada, género de penetración que se proclama sin embargo muy comun, he tenido que poner en prueba la prelección y el talento de renombrados magnetizadores, y jamás estos hechos maravillosos se han dignado producirse ante mí. Los otros físicos no han sido ni más dichosos, ni más privilegiados. Al contrario, todas las veces que un sabio serio ó una sociedad sabia han sido llamados á examinar los hechos extraordinarios del magnetismo ó del espiritismo, no solamente no han visto nada, sino que siempre han puesto en evidencia la mala fe ó la superchería.

Podríase, pues, mirar tales hechos como efectos de esto último; pero sería irracional despues de un testimonio brillante, tan brillante como el de la revelación, la tradición y la historia, poner en duda ya sea la terrible acción de los demonios en el mundo y sobre el hombre, ya sea la posibilidad de pactos culpables con las potestades infernales.

EL ALMA, ESPÍRITU.—Pues que la ocasión se presenta, séame permitido resumir en algunas palabras una demostración muy clara de la espiritualidad del alma formulada por un sabio matemático, M. Pua de Bruno, hoy abate de Bruno, profesor de la Universidad de Turin.

«El alma siente, piensa, quiere, imprime el movimiento al cuerpo; pues bien, la sustancia que siente, piensa, quiere, mueve, no puede ser materia. En efecto: 1.º si la materia, necesariamente compuesta de partes, sintiese, ó cada parte percibiera el objeto todo entero, ó cada parte sólo percibiera una parte del objeto; en el primer caso,

habría tantas percepciones distintas como partes hubiera en el cuerpo, y estas percepciones serían todas completas, ó en parte completas y en parte incompletas. Pues bien, nuestra percepcion es única y completa; luego el alma no está compuesta de partes, luego no es materia. 2.º El alma humana piensa, compara entre ella las sensaciones que recibe de los diversos sentidos: pues bien, esta comparacion sería imposible, si el principio que compara fuese material y compuesto de partes. Porque, ó cada una de sus partes sería propia para recibir las dos sensaciones á la vez, y entonces ¿para qué partes distintas? ó las sensaciones serian recibidas por partes diferentes, y entonces ¿qué es lo que compararía y distinguiría las dos sensaciones? 3.º *El alma quiere*: el razonamiento es el mismo que para el pensamiento; porque la voluntad supone también necesariamente la comparacion. 4.º *El alma muere*. Digo á un hombre que se le persigue para darle la muerte: cambia de direccion, y huye á todo correr. Un general en jefe hace un gesto, y todo su cuerpo de ejército, infantería, caballería, artillería, se lanza y hace llover sobre el enemigo una lluvia de balas, bombas y granadas. Si el alma del general fuese materia, su cantidad de movimiento sería el producto de la masa por la velocidad, y esta cantidad de movimiento sería forzosamente igual á la de todas las fuerzas que pone en juego. Pues bien, sólo existe una relacion infinitamente pequeña entre la débil impresion de mi voz ó la del gesto del general, y la carrera vertiginosa del fugitivo y el estruendo del combate. Derecho é inmóvil sobre mis piés camino y corro. Si mi alma es material, su masa es infinitamente pequeña, pues que un cadáver pesa tanto como un cuerpo vivo; su velocidad es nula, su cantidad de movimiento nula también, mientras que la cantidad de movimiento del cuerpo que camina ó corre es grande; luego yo no hubiera podido caminar y correr. Y sin embargo, yo camino y corro. ¿Cómo esta cantidad de movimiento infinitamente pequeño y ciego podría coordinar los movimientos

del caminar, dirigir con tanta habilidad las mudanzas de mis miembros, ya sea para la defensa, ya sea para el atay que, y proporcionar tan perfectamente los medios al fin. Luego en mí el principio del movimiento es un principio espiritual.

Un periódico de medicina firmó, con el nombre de M. Claudio Bernard, el gran fisiologista, esta última demostracion que hemos ya bosquejado, pero que es bueno reproducir.

«El cuerpo humano es un compuesto de materias que se renuevan incessantemente. Todas las partes del cuerpo están sometidas á un perpétuo movimiento de transformacion. Cada dia perdeis un poco de vuestro sér físico y reemplazais por la alimentacion lo que perdeis. Si bien que, en un espacio de cerca ocho años, vuestra carne, vuestros huesos, son reemplazados por una nueva carne, por nuevos huesos, que poco á poco son sustituidos á los antiguos, por la continuacion de estas adiciones sucesivas. La mano con que escribo hoy no está compuesta de las mismas moléculas que hace ocho años. La forma es la misma, pero es una nueva substancia la que la llena. Lo que digo de la mano diré del cerebro. Vuestra cavidad cránica no está ocupada por la misma materia cerebral que hace ocho años.

«Sentado esto, puesto que todo cambia en vuestro cerebro en ocho años ¿cómo se verifica el que recordéis perfectamente las cosas que habeis visto, oído, aprendido hace ocho años? Si estas cosas están—como lo pretenden ciertos fisiologistas—alojadas, incrustadas en los lóbulos de vuestro cerebro, ¿cómo es que sobreviven á la desaparicion absoluta de estos lóbulos? Estos lóbulos no son los mismos que hace ocho años, y por lo tanto vuestra memoria ha guardado intacto su depósito.

«Luego hay otra cosa en el hombre que la materia, luego hay en él cierta cosa inmaterial, permanente, siempre presente, independiente de la materia. Esta cosa es el alma.»

Puesto que M. Claudio Bernard invoca la *memoria*, esta facultad tan misteriosa, bueno será resumir en algunos rasgos el argumento invencible que M. Tremaux (tomo XI de los *Mundos*, pág. 443) ha sacado en favor de la espiritualidad del alma.

«El cerebro es impresionado de una manera análoga por todos los sentidos; posee así este caudal persistente de impresiones que constituye la memoria; una multitud de impresiones de todas las edades, de todos los días, pueblan el cerebro y constituyen de este modo una especie de biblioteca de las impresiones de nuestra vida. Pues bien, nosotros tenemos la facultad de transportarnos á tal ó cual de estas impresiones segun nuestra voluntad. Luego esta biblioteca tiene su bibliotecario, que busca en el punto que se quiere la impresión á la cual queremos adherirnos, y que la pone ante los ojos de nuestro pensamiento, sola, con exclusion de todas las otras, ó combinada con otras. Hénos, pues, otra vez en presencia de los dos principios siguientes: la accion material y la facultad de servirse de ella. Para distinguir una facultad tan extraordinaria, no veo nada mejor que conservar el antiguo nombre dado instintivamente por todos los pueblos, y que cada uno comprende llamándola alma.»

Si se negase la existencia y la accion del alma, se tendría que admitir que existen en el mundo millones de bibliotecas sin bibliotecario que arrojan espontáneamente en manos de los lectores los libros que estos quieren consultar. ¿No es esto un gran milagro? «El alma es el mecánico de la máquina calórica que dá salida á la corriente de sangre oxigena, origen de la fuerza motriz necesaria al ejercicio de las funciones físicas y fisiológicas del corazón, del cerebro y de los otros órganos; es la que hace funcionar la máquina eléctrica, que abre el circuito á la corriente del fluido nervioso; es el bibliotecario de la memoria; es, en una palabra, el agente que opera y el espíritu que vivifica.»

*Capítulo trigésimo cuarto.—Los Sacramentos.—Los Sacramentos en general.*—Jesucristo es el foco de la vida divina ó sobrenatural. «Yo soy, decía, el camino, la verdad y la vida... Yo he venido para que los hombres tengan la vida y para que la tengan en superabundancia... Yo soy la cepa y vosotros sois las ramas, que vivís, creceís y fructificáis en mí y por mí... Si alguno no vive en mí, se separará como el sarmiento, se le cortará y arrojará al fuego.» Y la vida de que Jesucristo es el origen se estiende hasta la eternidad, pues que es tambien la resurreccion. «Yo soy la resurreccion y la vida.»

La santa Iglesia, intérprete infalible del Evangelio, nos enseña que Jesucristo comunica la vida á nuestras almas por los sacramentos, agentes y señales sensibles de la vida ó de la gracia invisible. Ritos misteriosos, materiales y espirituales á la vez, como el hombre á quien deben dar la vida, que exigen y comprenden por consiguiente tres cosas: un elemento material, la *materia del sacramento*; una palabra vivificante, la *forma del sacramento*; el *ministro del sacramento*, el delegado de Jesucristo encargado de unir la materia á la forma; y, en fin, el *sujeto* del sacramento, el hombre rescatado por Jesucristo, y para el cual es un deber riguroso ir á beber en los sacramentos el elemento vivificador, reparador y deficator.

Las condiciones de la vida sobrenatural como las de la vida natural del hombre ó de la humanidad, son en número de siete. Debe: 1.° Nacer á la vida; 2.° nacer viable ó de una vida que pueda continuarse; 3.° sustentar su vida ó alimentarla por una comida y bebida conservadoras; 4.° restablecer ó encontrar de nuevo la vida, cuando ha peligrado por la enfermedad, ó está amenazada ó tambien extinguida por la muerte, si se trata de la vida sobrenatural, para la cual la resurreccion es posible. 5.° La víspera de las luchas ó combates por la vida, el hombre tiene necesidad de un socorro especial que le fortifique, de una especie de empuje que lo disponga al combate. 6.° Es nece-